



El alcalde y los vecinos no están dispuestos a dejar que se lleven el oso.



La entrada de la cueva



BENIA: UN OSO «DUERME» SU SIESTA DE MILES DE AÑOS

- El pueblo se opone a que sea trasladado a Madrid
- El esqueleto petrificado se encuentra perfectamente conservado
- La entrada a la cueva es una sima de más de diez metros de profundidad

Reportaje: RAFAEL SANCHEZ AVELLO.—Fotos: ANGEL RICARDO.

B

ENIA (Ovís). Hace año y medio, tres jóvenes de la localidad, Miguel Angel Ruces, Ramón Sánchez y José Luis Fernández, en una de sus frecuentes excursiones por las múltiples cuevas de los alrededores, hacían un descubrimiento sorprendente: al resbalar uno de ellos, y fijarse en lo que había pisado, se encontraron con un «esqueleto de piedra»; se trataba en realidad del esqueleto fosilizado de un oso de hace miles de años.

En un principio guardaron celosamente el secreto de su descubrimiento, pero posteriormente llegó a trascender a otras personas que se interesaron por el hallazgo. Así, hace una semana, un grupo de espeleólogos madrileños, hicieron acto de presencia en las montañas de Ovís y hurgaron en sus entrañas, en busca del valioso fósil.

El objetivo de este grupo, parece ser que era el traslado del ejemplar encontrado en la cueva a la capital de España. Pero mientras se habían iniciado los trabajos, los habitantes del concejo habían ido tomando conciencia del valor que turística —y económicamente, por consiguiente—, podía reportarles aquel oso que había decidido dormir para siempre en una cueva del pueblo asturiano. El alcalde, don Eugenio Viesca, comunicó al gobernador los temores del pueblo de que se llevaran el oso a Madrid, y, tras la consulta pertinente, dio la orden de que se paralizaran de inmediato los trabajos de extracción. Precisamente cuando al equipo de espeleólogos les acababa de llegar a una corriente abierta en un Banco de Oviedo, una transferencia de trescientas mil pesetas, para que pudieran continuar su labor.

Al parecer, y según nos informaron personas del lugar, el grupo que pretendía llevar a cabo la extracción estaba patrocinado por una revista cultural extranjera. Ahora, tras la orden de la Alcaldía, es de esperar que regrese a Madrid, o expongan sus intenciones a las autoridades de la provincia.

Para poder constatar la importancia del hallazgo, nos hemos desplazado al lugar en que está situada esta cueva, a sólo unos centenares de metros del pueblo de Benia.

Cuando llegamos a la cueva no había nadie en sus alrededores. Una escalera pendía hacia el interior de un oscuro pozo, en el

que se refugiaban miles de años de historia. El descenso en el vacío se prolonga unos diez o doce metros; las paredes revestían barro. Un casco y unas latas delataban la presencia anterior de algunas personas que habían desafiado la oscuridad de la sima. Un cable, con la pretensión de introducir energía eléctrica en la cueva, pendía del pozo. Tras arrojarse por una pequeña rampa, se accede a una amplia galería que posteriormente se bifurca. Siguiendo el ramal de la izquierda y tras ascender una resbalosa rampa de arcilla, una nueva galería, en la que destacan orgullosas, elevándose del sue-



El oso «duerme» su siesta entre estalagmitas.



El circulo señala el lugar donde se halla el oso

«no se pueden llevar el oso»; les hace sincera, es su preocupación actual.

En el pueblo, los vecinos nos dirigen miradas anhelantes; esperan que se consiga que el oso siga adormitado en la cueva. El alcalde nos informa de las medidas ya tomadas.

—He puesto el hallazgo en conocimiento del señor gobernador y dado la orden de que se suspendan los trabajos en la cueva. Espero que se cumpla y no sea necesaria la presencia de una pareja de la Guardia Civil para obligar al cumplimiento de la ley. No quisiera llegar a esos extremos, pero se hará si es necesario. Esta no es la única cueva de los alrededores y estoy seguro que muchas de ellas pueden tener cosas interesantes, tal vez hasta pinturas rupestres. Puede representar mucho para el turismo de la zona. Tal vez se pueda facilitar un acceso más cómodo, otra entrada que se pueda adecuar a los visitantes.

Uno de los vecinos termina en la conversación:

—En un prado, a unos cien metros de la entrada de la cueva, se hundió de repente en el suelo una carrozeta. Seguro que se trata de otra entrada...

Los hombres del pueblo siguen haciendo sus cosas.

Todos desearían poder hacer algo.

Una esperanza fuera de lo común les hace concebir la ilusión de que al turismo, con su riqueza, llegue a la zona gracias tal vez al «oso de piedra». Mientras, aguardan que se tome alguna medida...

Las verdes montañas de Ovís van quedando atrás. El oso, que ha visto su luz trunada, queda también en ellas. Esperemos que para siempre.

lo, unas estalagmitas que casi rozan ya a sus hermanas gemelas que cuelgan del techo. Allí, en un rincón, admirablemente conservado, en un silencio y oscuridad absolutos, aguarda sorprendentemente el petrificado esqueleto. Ha habido que achicar algo de agua para que los huesos del antiquísimo animal destacaran del suelo en el que está incrustado... De la belleza e importancia del hallazgo hablan mucho mejor las fotos.

Al salir, tras un costoso ascenso, tres muchachos aguardaban curiosos en la boca de la cueva, al contemplar el material que habíamos dejado en el exterior. Su expresión de hostilidad al confundirnos con el grupo «raptor», se transforma luego en amistosidad. Una frase brota al unísono de todos ellos,